

# ***Cultura y política en la transición a la democracia***

**Oscar Landi**

---

**Oscar Landi:** Sociólogo argentino. Investigador del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) de Buenos Aires, Argentina. Profesor de "Filosofía de la Historia" en la Universidad Nacional de Buenos Aires.

---

Profundas reflexiones en torno a la transición democrática después de un prolongado gobierno militar que intentó la reculturalización del país, expone el profesor Oscar Landi en este ensayo. Paralelamente a "la penuria de sentido en la sociedad, censura y autocensura, disminución de la producción y de los consumos de bienes simbólicos, fragmentación del campo cultural", resultantes de este proyecto, el pueblo argentino defendió el sentido de su vida y de su historia más allá de las disposiciones administrativas. Ejemplos admirables como el Teatro Abierto dan cuenta de las iniciativas de la sociedad civil en este lapso: hechos culturales dignos de estudio que enriquecen la memoria de un pueblo e imponen a la democracia el cumplimiento de un proyecto nacional de cultura más allá de las buenas intenciones. El autor plantea asuntos que trascienden las fronteras de su propio país y que inquietan a los intelectuales de otros ámbitos del continente, en vías de reconquistar y perfeccionar la democracia.

La larga crisis política que soporta Argentina otorga a la actual transición democrática un particular carácter dual: es una vuelta a la ley, y a la vez, la creación de un espacio institucional nuevo, no preexistente. Es una vuelta a la ley porque luego de las transgresiones realizadas por el gobierno del Proceso, se reactualizan puntos de referencia históricos fundamentales como el de las libertades civiles de la constitución de 1853, la ley Sáenz Peña, los derechos sociales y la ampliación de la ciudadanía llevada a cabo en la década del 40 (voto femenino y de los extranjeros) y la Constitución de 1949. Pero es memoria colectiva para alimentar la génesis de un sistema complejo de gobierno, acto fundacional que no corrige o mejora el régimen anterior sino que lo reemplaza.

En esta tarea podemos hablar de cierta primacía del "hacer política": reafirmando el marco constitucional de gobierno, ahora se trata de construir la gobernabilidad democrática de la Argentina. Y esto remite a algo así como a que la política "sosten-ga" al Estado, a que genere un tejido de acuerdos y compromisos - por dentro y por

fuera de los mecanismos formales de gobierno - que pueda constituir un material antisísmico de las instituciones.

Estamos en el núcleo mismo de un viejo problema de la teoría política: ¿cuáles son las condiciones de posibilidad de la sociedad?

La sociedad democrática no es un presupuesto, no es un dato, es un problema. La genética del nuevo régimen se presenta no sólo como el acatamiento a normas imperativas vigentes, sino también como un tejido de pactos y de acuerdos en los que están en juego los principios intersubjetivos de reconocimiento mutuo entre los individuos.

La soberanía popular ejercida en el voto otorga su legitimidad al nuevo régimen político, pero de por sí no es un principio de organización. El sistema político no puede ser simétrico, por otra parte, a su ambiente social. Está planteado el problema de cómo se gobierna, de cómo la democracia va adquiriendo su funcionamiento eficaz como sistema sin perder su capacidad transformadora del país.

En el colapso del régimen autoritario ensayado desde 1976, la democracia fue la gran demanda de la sociedad, ahora el problema es cómo la democracia también se convierte en un sistema que encara, filtra, jerarquiza, promueve, interactúa con el abanico de demandas particulares de la sociedad. Y la demanda democrática se va convirtiendo en legitimidad hacia los procedimientos de la democracia, y sus ingredientes y connotaciones van ampliando su lugar en el sentido común político de los individuos.

La estabilización del sistema político depende de que los argentinos "volvamos a la ley" pero también se amasa con la resolución de las graves fracturas de la "integración social" del país, en el ámbito de instituciones en las que se solicitan sujetos hablantes y actuantes, entendidos bajo la óptica que considera a los sistemas sociales en tanto "mundos de vida" estructurados simbólicamente.

La valoración del régimen democrático como un "bien de autoridad", como el referente común en el que se encuentran las reglas para dirimir los conflictos y las diferencias entre los sectores de la comunidad, es un hecho de cultura política. Que, por cierto, no se agota en el consenso respecto de ciertas reglas de elección y de control de los gobiernos, sino que compromete también la calidad de las formas de vida cotidianas, las relaciones familiares, en suma, las formas de sociabilidad de los argentinos.

Decir que en los conflictos políticos está en juego el sentido del orden que prevalece en una sociedad en un momento dado supone que la política opera con la carga de sentido que tiene esa sociedad, fundamentalmente para lograr un flujo recíproco entre el sistema político y el ámbito sociocultural apropiado al ejercicio de la hegemonía política. Y supone también decir que la acción política se constituye en una especie de prácticas significantes con sus lógicas y tiempos propios: discurso político, arte popular, transmisión de creencias y tradiciones políticas, flujos informativos, en escuela.

Es lícito, entonces, que consideremos como cualitativas a las relaciones que guardan la política y la cultura de este tipo de transición democrática que estamos viviendo<sup>1</sup>.

Ahora bien, la consolidación de la democracia requiere la formación de un nuevo intelectual<sup>2</sup>, en el cual la producción y la distribución de bienes culturales tengan el carácter de un derecho social. En estas líneas realizaremos algunas conjeturas sobre la formación de un nuevo campo intelectual en el país, utilizando - como veremos más adelante - la palabra intelectual en un sentido amplio que rebasa la figura del especialista o del técnico. Para ello no incursionaremos en el análisis directo de las culturas políticas presentes en las actuales circunstancias, sólo tomaremos como punto de referencia del análisis sus rasgos democráticos ahora emergentes. Com-

---

<sup>1</sup>El concepto de cultura con que nos manejamos tiene un rasgo decididamente semiótico. Las creencias, los flujos informativos, las identidades sociales, políticas, sexuales, el sentido común, las corrientes ideológicas, las líneas estéticas, etc., configuran una trama de lenguajes que se articulan, compiten, asocian y yuxtaponen en los conflictos por el sentido del orden con que los individuos vivimos nuestras relaciones sociales. En un sentido amplio, la cultura es un sistema significativo a través del cual necesariamente (aunque entre otros medios) un orden social se comunica, se investiga, se reproduce o cambia (Williams, Raymond, 1981). Las decisiones, las actitudes, los gestos políticos no movilizan siempre por igual a todo el heterogéneo bagaje de elementos al que venimos haciendo referencia. Reservamos la denominación de cultura política para aquellos que si son ingredientes de cada acto político. Pero la cultura no es una suerte de depósito pasivo de creencias, de recuerdos de ideas, de sentimientos del cual se surte la política según su convivencia. Todos estos fenómenos tienen su lógica de producción, sus tiempos y espacios propios. Las posibles sintonías y realimentaciones entre política y cultura son productos de conflictos, de elaboraciones, de préstamos mutuos entre ambos campos. Esta óptica tiene dos ventajas: a) evitamos reducir la cultura política a las tradicionales "historias de las ideas políticas" o al psicologismo que clasifica "personalidades" autoritarias, democráticas, etc., y b) evitamos identificar la cultura con la ideología, ya que el atributo de político que pueden asumir componentes del campo cultural es histórico, cambiante, polivalente.

<sup>2</sup>Las funciones intelectuales que se generan por la división social y técnica del trabajo se estructuran según posiciones y jerarquías diferentes en lo que se ha denominado el "campo intelectual". El cuenta con mayor o menor autonomía de funcionamiento respecto de la economía, la política y la vida social en general; no sólo por la especificidad de la producción de bienes simbólicos, sino también porque puede determinar, hasta cierto punto sus propios principios de legitimidad y de consagración de la actividad intelectual. Definir qué es o no cultural, el atributo de marginal, de integrado, de vanguardia o de residual de un bien simbólico depende de los principios de reconocimiento prevalentes en un momento dado en la sociedad principios que son internos al campo cultural.

ponentes que posiblemente no indican una cultura política dominante o consolidada, pero si las señales a través de las cuales se puede orientar la renovada voluntad política que muestra nuestra sociedad.

### **LA CRISIS EN LA CULTURA**

Junto con su evidente deterioro, uno de los rasgos fundamentales del campo intelectual nacional es su fragmentación. Que tiene más que ver con la desarticulación de sus posibles principios de organización internos que con la heterogeneidad propia de las manifestaciones culturales. Esta situación se hace evidente si damos un rápido vistazo a temas como el del deterioro de la escolaridad formal, la caducidad de pomposas instituciones asociadas a pretéritos prestigios, como gran parte de las Academias Nacionales, las características estrechas del sector estatal de la actividad cultural<sup>3</sup>, la ausencia de instancias estables de integración de la actividad intelectual, la dispersión de iniciativa de la sociedad civil, etc.

Tres grandes procesos convergen en la formación de este cuadro:

a) La erosión histórica del campo cultural de inspiración liberal-conservador. Si bien nunca logró consolidar principios de orden cultural reconocidos y aceptados mayoritariamente, sin embargo estableció jerarquías, criterios de consagración y una visión de la cultura, con cierta penetración en el sentido común, que tendían a reducirla al ámbito de las "bellas artes". Un indicador de superficie de su actual erosión puede encontrarse en el deterioro de ciertos suplementos culturales de diarios de orientación liberal-conservadora para cumplir funciones de consagración de autores literarios. Hasta hace no muchos años, el comentario de un libro en sus páginas significaba para un autor joven una especie de ritual de consagración por el que quedaba incorporado al campo cultural. Hoy día, estas publicaciones deben competir en peores condiciones con diversas concepciones e instancias de consagración literaria, aunque cierta displicencia señorial de sus orientaciones no lo evidencie.

---

<sup>3</sup>Tomemos un ejemplo. En los últimos años, la Subsecretaría de Cultura de la Nación ha pasado de ser un área del Ministerio de Educación a depender directamente de la Presidencia de la Nación. En ambos casos, quedó relegada dentro del sistema burocrático del Estado. Bajo su esfera se encuentran el Fondo Nacional de las Artes, el Instituto Nacional de Cinematografía y Ediciones Culturales Argentinas, organismos que sufren de la asfixia presupuestaria. Y su red de provisión de servicios culturales se reduce a 18 museos, la Biblioteca Nacional (cuyo nuevo edificio hace décadas que no se termina de construir), dos orquestas de música clásica, los Institutos Nacionales de Antropología y Musicología y el Teatro Nacional Cervantes.

b) Las transformaciones sociales y culturales de los '60 y sus derivaciones políticas en los '70. En los años '60 se produjeron importantes transformaciones en el seno de los sectores medios de la población. Su crecimiento y movilidad, representados entre otros indicadores por la expansión de la matrícula escolar (sobre todo de la enseñanza media), tuvieron su importancia en la reestructuración de las capas intelectuales, que se fueron incorporando a diversos segmentos de la industria cultural nacional y del aparato educativo, generando vanguardias estéticas y nuevos públicos. Estos procesos casi nunca dejaron de presentar una estrecha, tensa y hasta desgarrada relación del intelectual con el proceso político, particularmente por encontrar su "lugar" ideológico e institucional dentro de los sectores definidos como populares.

Los propulsores del golpe de 1955 que aspiraban a una reestructuración conservadora del sistema político, fueron desairados en el plano cultural por el desprendimiento de sectores liberales democráticos del bloque golpista. Con los años, éstos se fueron transformando bajo la influencia del pensamiento de izquierda y por su propia incomodidad frente a su pasado antiperonista. Fueron los tiempos en que en el plano internacional el marxismo estaba en auge y la revolución cubana ejerció fuerte influencia en sectores de la intelectualidad latinoamericana. En los que el desarrollismo y la Alianza para el Progreso agregaban tonos modernistas y tecnocráticos al clima de ideas de los años 60. Y el crecimiento de la resistencia peronista y la memoria ofensiva de los sectores populares frente a los intentos de terminar con este movimiento nacional de fuertes raíces obreras, fueron un irresistible polo de atracción para amplios sectores medios, hacia los años 70.

Una serie de factores hicieron verosímil a sectores intelectuales la posibilidad de dar una salida revolucionaria a la crisis del gobierno militar de entonces. Entre ellos la prolongada exclusión del peronismo del sistema político, los recurrentes golpes militares, la debilidad del sistema de partidos políticos y un extendido clima de ideas de oposición que se planteaba el objetivo democrático en términos de igualdad social más que en términos de reglas de funcionamiento del gobierno político.

En buena parte de los sectores intelectuales y juveniles más movilizados, en los años 70, no prevaleció la idea de un pacto institucional que estabilizara el régimen político de compromiso que presidía el general Perón<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup>Este es un tema crucial de la reciente historia política del país, cargado de una trágica ambivalencia: por un lado, fue un fenómeno orgánico, propio de la sociedad argentina, con demandas sociales y participativas asociadas a históricas luchas populares; pero, por otro lado, estuvo teñido por culturas políticas que percibían a las reglas del sistema político democrático instrumentalmente, exclu-

Por todo esto, en la primera mitad de la década de los 70, las transformaciones de los 60 que venimos describiendo se expresaron más en comportamientos dominados - y hasta arrasados por las urgencias de la crítica escena política, que en proyectos de mediano plazo para la formación de un nuevo campo cultural asociado a la estabilización del régimen inaugurado en 1973.

c) El fracaso de la operación de reculturización global ensayada por el golpe fundacional de 1976, que se propuso cerrar un ciclo histórico y abrir uno nuevo. Desarrollaremos enseguida este punto; baste decir ahora para completar el cuadro, que el gobierno militar condensó sus esfuerzos en el control represivo del heterogéneo campo cultural que heredó, y nunca pudo pasar francamente a reordenarlo por la positiva. Para ello se requería una operación previa que el discurso militar sintetizó en el slogan del necesario "cambio de mentalidad" de los argentinos.

La larga crisis política, reflejada en la inestabilidad institucional, ha producido sus efectos desarticuladores en el campo cultural impidiendo la continuidad y consolidación de líneas estéticas, el procesamiento de controversias y de corrientes de pensamiento, el fortalecimiento de sus instituciones, la estabilidad laboral de los trabajadores de la cultura, etc. La transición política actual hacia la democracia se presenta como una oportunidad de recomposición del campo cultural nacional.

### **LA DOBLE LÓGICA DE LA HERENCIA CULTURAL**

Esquemmatizando, podríamos decir que la situación cultural del último tramo del gobierno militar estuvo marcada por los efectos - queridos y no queridos - de la política estatal de los últimos años y por las iniciativas generadas al margen o en oposición a la misma desde la sociedad civil. Dejamos para otro análisis los temas referidos a en qué medida son puntualmente recuperables ciertas iniciativas que se generaron en algún segmento del aparato cultural del Estado o los posibles ingredientes autoritarios presentes en expresiones de la sociedad civil. Una consideración exhaustiva del período deberá atender a estos elementos de una realidad compleja. Aquí nos interesan las tendencias centrales del gobierno militar, en el que prevaleció una fuerte ofensiva estatal de resocialización de la población del país.

El deterioro de la cultura y de la palabra pública de estos años obedece a los diferentes niveles de la sociedad en que se situó la operación cultural del gobierno militar. Pues si bien trató de estimular algunas actividades enmarcadas en el conven-

---

sivamente como un medio para llegar a la "verdadera" democracia, entendida como un estado social de igualdad.

cional patrón cultural de las "bellas artes", ellas resultaron residuales. La verdadera novedad de su política fue asociar la posibilidad de cambiar los procesos de formación del poder político a una serie de dispositivos de disciplinamiento y de reculturización de los argentinos, ampliando de este modo el espacio del conflicto cultural. Por ello, la penuria de sentido que afectó a Argentina respondió a diversos procesos discursivos y extradiscursivos. Entre otros, enumeraremos los siguientes:

a) La instauración del régimen autoritario suprimió la escena política de representación y la palabra pública se canalizó principalmente a través de los medios, sujetos a un estricto control. De tal modo, el lugar relativo de los medios cambió profundamente respecto de su situación anterior, en la cual competía con otras instancias de la comunicación social (partidos, sindicatos, actividades culturales, etc.), las que eran espacios alternativos de comunicación. Además, obviamente que se encontraban más atravesados por las variables de cultura política que se debatían en la sociedad.

El férreo control estatal de los medios se podría representar como una pirámide invertida: a mayor alcance, mayor control y censura. Las pautas a que debieron atenerse los medios en estas circunstancias fueron, básicamente, las siguientes:

- La definición del debate posible: a tal efecto, a ciertos temas se les quitó el atributo de públicos y quedaron bajo el dominio de las "razones de Estado". El régimen se especializó en el trazado de fronteras entre lo bueno y lo malo, lo normal y lo anormal, etc. Para ello se guió por su operación fundante: el rescate de valores originarios esenciales que existieron en algún tiempo y que el conflicto político de la etapa anterior a 1976 habría olvidado o distorsionado.

- El estricto cuidado en la utilización de fuentes de información: se diferenció a las fuentes según poseyeran o no "autoridad específica" para informar sobre determinados temas.

- La distribución entre "audiencia preparada" y "audiencia no preparada" para recibir ciertos mensajes informativos y artísticos.

- La presentación de modelos identificatorios nuevos y la "erradicación" de los anteriores. Los valores que debían convertirse en los atributos de las nuevas identidades solían ser, por ejemplo, el orden, la laboriosidad, la jerarquía, la responsabilidad, etc.

b) La extrema capacidad decisoria que se autootorgaron las Fuerzas Armadas, en una sociedad compleja y en larga crisis política, no podía sino generar la realimentación de micropoderes, algunos de alta capacidad de maniobra, tales como los del mundo de las finanzas y de ciertos sectores empresariales. Estas diferentes facciones y grupos de interés constituían especies de islotes comunicativos, donde se decía lo que no convenía hablar en público. Así como el Estado aducía sus secretas razones para tomar decisiones fundamentales para el país, estos núcleos de poder - algunos vinculados a centros decisorios internacionales capturaban temas públicos en sus agendas privadas.

c) El discurso oficial nos proponía el "cambio de mentalidad" de los argentinos. Ello suponía la ausencia en su lenguaje de interpelaciones a través de las cuales la mayoría de la población se identificaba y reconocía entre sí, aquellas adquiridas históricamente en términos de derechos sociales y de ciudadanía política. El radical, el peronista, el socialista, el miembro de tal o cual partido o sindicato eran nombrados en el discurso oficial sin esos atributos, transfigurados en el perfil del "habitante" o del "hombre del mercado" impulsado por la política cultural del Ministerio de Economía.

La política como símbolo (el gesto) y la política como lenguaje (el discurso) se combinaron en diversos dispositivos orientados al disciplinamiento y a la resocialización de los argentinos. El gesto represivo fragmentaba el tejido social, privatizaba, generaba microculturas del miedo y el discurso oficial se orientaba a una ofensiva sobre la memoria colectiva, realimentadora de las identidades sociales y políticas del ciclo histórico que se intentaba cerrar: se argumentaba entonces que en la esencia misma del país populista inaugurado en la década del 40, estaba en germen la crisis de los 70, que ponía al país al borde de su disgregación. Así, el miedo se combinaba con el método más importante de sujeción cultural: la culpa. Sobre este terreno se recordaban los modelos virtuales de buenos argentinos contenidos en los dos principales discursos de los primeros años del proceso, el de la seguridad nacional y el del neoconservadorismo.

d) También fue acentuado el cuadro que venimos describiendo, el tipo de lenguaje ejercitado en las relaciones entre el gobierno y una constelación de fuerzas políticas, que estaban atraídas por el proyecto oficial de alterar el cuadro político mediante la severa reducción del llamado "poder sindical" y la creación de un movimiento o partido heredero del proceso. Los "diálogos" que organizaba el Ministerio del Interior en los años del general Harguindeguy se presentaban ante nosotros como una mezcla de palabras ómnibus - que podían querer decir demasiadas cosas



- con arcaísmos como diversas propuestas de implantar el voto calificado. Pero lo que sonaba como palabrerío en la opinión pública no tenía sus claves en relación a ella: eran señas que se pasaban aquellas élites políticas que - por así decirlo - conversaban entre ellas. Se trataba de la formación de un código político interno a sectores cuya forma de hacer política era el acuerdo de cúpulas, al margen de los mecanismos de representación y de la participación de las mayorías.

La penuria de sentido que atravesó la sociedad durante largos años era coherente no sólo con la represión imperante, sino también con el proyecto propio de un gobierno que estaba más interesado en cambiar a los actores sociales y políticos existentes que en obtener de ellos un consenso que los legitimara como interlocutores tal cual eran.

El empobrecimiento de la vida cultural fue uno de los obvios resultados de esta gran operación (lo que, sumado a los problemas derivados del plan económico entonces implementado, produjo un serio deterioro de la industria cultural nacional). Algunos datos cuantitativos generales sobre consumos culturales nos ayudarán a ejemplificar esto.

Esta reducción de la circulación se produjo a pesar del aumento de títulos en oferta, que no mantuvo el ritmo de los años anteriores pero que, en cierta medida, se amplió.

En lo referido a la cantidad de ejemplares de libros editados, las cifras aún son más contundentes. Veamos algunos rubros.

En cuanto a la producción discográfica, la tendencia a la reducción de las ventas es la misma, y no alcanza a ser compensada por la mayor colocación de cassettes, estimulada por la entrada al mercado nacional de millones de pasacassetes y radios, en los años de la libre importación.

Ciertos análisis calculan que en el período 1970-75 se hicieron un promedio de 30 películas por año. En 1980 se hicieron 30 y en 1982 sólo 8. De 5.000 trabajadores que llegó a ocupar la industria, en 1980 había apenas 1.500 semiocupados. De los grandes estudios, quedaba sólo uno.

**Revistas nacionales de circulación general**  
(Millones de ejemplares en  
Gran Buenos Aires)

| AÑO  | TOTAL |
|------|-------|
| 1973 | 122,1 |
| 1974 | 135,3 |
| 1975 | 119,3 |
| 1976 | 81,3  |
| 1977 | 79,6  |
| 1978 | 84,0  |
| 1979 | 92,2  |

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). Anuario Estadístico 1979-1980.

**Revistas nacionales. Cantidad de títulos en  
Gran Buenos Aires**

| AÑO  | TOTAL |
|------|-------|
| 1973 | 425   |
| 1974 | 450   |
| 1975 | 573   |
| 1976 | 633   |
| 1977 | 652   |
| 1978 | 657   |
| 1979 | 699   |

Fuente: INDEC, ídem.

**Cantidad de libros editados (en millones)**

|   | 1975 | 1976 | 1977 | 1978 | 1979 | 1980 |
|---|------|------|------|------|------|------|
| a) Novelas, cuentos, relatos, poesías                                     | 5,5  | 5,0  | 4,6  | 3,6  | 3,3  | 1,3  |
| b) Biografías, críticas, historias literarias, lingüística                | 1,0  | 0,47 | 0,31 | 0,29 | 0,26 | 1,10 |
| c) Bibliografía, enciclopedias, diccionarios, antologías, biblioteconomía | 7,5  | 8,5  | 1,5  | 2,1  | 0,43 | 0,32 |
| d) Libros para niños y adolescentes                                       | 4,7  | 3,0  | 3,0  | 3,6  | 2,7  | 0,69 |
| e) Historia, política, sociología, urbanismo, comunicaciones de masas     | 2,7  | 1,4  | 1,3  | 0,82 | 0,47 | 0,29 |

Fuente: INDEC, ídem.

**Venta anual (en millones)**

| Año  | Simplex | LP's | Cintas |
|------|---------|------|--------|
| 1973 | 8,9     | 8,8  | 1,2    |
| 1974 | 12,6    | 11,3 | 3,0    |
| 1975 | 14,5    | 12,5 | 3,8    |
| 1976 | 8,0     | 8,0  | 2,6    |
| 1977 | 6,6     | 8,0  | 3,0    |
| 1978 | 7,0     | 7,0  | 2,8    |
| 1979 | 6,8     | 6,8  | 4,0    |
| 1980 | 2,5     | 4,5  | 6,0    |
| 1981 | 1,5     | 3,0  | 9,0    |

Fuente: Cámara Argentina de Productores Industriales de Fonogramas (CAPIF).

Penuria de sentido en la sociedad, censura y autocensura, disminución de la producción y de los consumos de bienes simbólicos, fragmentación del campo cultural: todo esto como saldo de una operación de reculturalización que combatió contra la memoria de los argentinos, sin poder pasar nunca a la etapa de la producción de una nueva cultura, asociada al nuevo ciclo histórico que se prometía fundar.

### **LA LÓGICA DE LAS INICIATIVAS DE LA SOCIEDAD CIVIL**

Una visión panorámica de la actividad cultural en la Argentina de nuestro siglo, muestra la preponderancia de las iniciativas de la sociedad civil y la temprana formación de una importante industria cultural nacional (gráfica, radio, cine, etc.) en términos relativos para su época. El Estado tuvo su mayor dinamismo en el ámbito de la educación formal, hasta fines de los años 50, en que tomaron impulso diversas políticas de subsidiariedad del Estado en materia educativa.

Por ello, las transformaciones de los circuitos culturales impulsados desde el Estado a partir de 1976 tuvieron que combinarse - conflictivamente, en diagonal, paralelamente - con una serie de actividades e iniciativas operantes por fuera de la acción oficial<sup>5</sup>.

El control de los medios de comunicación no garantiza situar a sus receptores en un círculo cerrado, en el que compartan necesariamente el código del emisor. Aun cambiando - privatización compulsiva mediante - las "condiciones de escucha" de la población, para hacer más verosímil al discurso oficial.

El discurso oficial, la manipulación informativa y el control de medios fueron importantes, pero parciales segmentos de un circuito de actos de lenguaje más amplio y complejo. En él se generaron complicadas operaciones y relaciones entre lenguajes diferentes, que permiten preguntarnos hacia dónde se desplazaron, fuera de la poco atractiva y creíble escena oficial, las prácticas comunicativas en que los argentinos buscamos defender el sentido de la vida y de nuestra historia.

Esta pregunta nos abre las puertas del universo de las creencias populares, de la memoria individual y colectiva, de prácticas de la cultura popular, de la utilización libre de los objetos como significantes (como por ejemplo los retratos y las cartas), de las diversas estrategias comunicativas ejercitadas en la vida cotidiana (con sus mecanismos de interrupción, de negación, de resignificación del discurso oficial),

---

<sup>5</sup>Cuando nos referimos a la acción oficial, no queremos postular, ni mucho menos, que existió por parte del gobierno un arquitectónico y armonioso proyecto, sino hacemos referencia a las ideas y tipos de acciones prácticas que prevalecieron en el heterogéneo campo oficial.

de la cultura de lectura entrelíneas de los diarios, de la tenacidad de instituciones marginadas o prohibidas, de la aparición de nuevos comunicadores, cuyo ejemplo más contundente lo brindaron los soldados que volvieron de las Malvinas, y que en miles de circuitos micro deshicieron la rápida operatoria de los medios, particularmente de la televisión, que reducían el problema de la guerra a la desigualdad entre los dos bandos militares.

No queremos afirmar que los lenguajes del proceso no hayan tenido ningún efecto. Aún desde su colapso actual, podemos afirmar que han dejado sus marcas en la sociedad argentina. Pero sí podemos decir que ellos debieron integrarse en el formato global de la comunicación social, compitiendo con códigos y formas comunicativas no regulables con disposiciones administrativas.

Si observamos más de cerca las tramas de las prácticas de la cultura popular - propias de nuestros contemporáneos "mal entretenidos" de los viejos edictos policiales - podemos asociar fenómenos microsociales con actividades de sectores de la industria cultural<sup>6</sup>. Desde el conjunto barrial de música hasta el denominado "rock nacional"; desde las cámaras de filmación introducidas en el país en los años del dólar barato, y que se estrenaron en fiestas familiares y se fueron proyectando a la aparición de un nuevo cine independiente (cortos, super 8, videocassettes); desde el grupo de estudiantes y los elencos teatrales de barrio a los fenómenos de Teatro Abierto Danza Abierta, etc., de los años 80. La persistencia de las revistas "subte" con sus públicos propios. Las actividades que estimulan ciertos sectores de la Iglesia en villas y asentamientos suburbanos en las que se combinan las simbologías del ritual religioso con las de las condiciones de vida cotidiana de los hombres.

Y ese fenómeno tan importante que es la persistencia de la demanda educativa formal y no formal por parte de la población, aunque muchos individuos no puedan sostener su proyecto de estudiar y pasen a engrosar el universo de los desertores escolares.

Ahora bien, la asociación que realizó el gobierno militar entre el cambio de los procesos de formación del poder y las operaciones de reculturalización que debían acompañarlo, otorgó a las iniciativas culturales de la sociedad civil particulares funciones y relaciones con el poder político, que pasamos a conjeturar:

---

<sup>6</sup>Aquí describimos las prácticas culturales sólo con la intención de presentar la complejidad de sus redes. Su evolución estuvo en relación con las diferentes coyunturas políticas que fue atravesando el país desde 1976, pero no haremos referencia a estos nexos, con la conciencia de que nos tomamos una licencia analítica que debe ser superada en futuros trabajos.

a) El deterioro de la vida cotidiana otorgó a ciertas actividades el carácter de verdaderas estrategias de sobrevivencia del sentido, ejemplo nítido de esto es la demanda educativa que se mantuvo y aumentó, aún con plena conciencia por parte de sus demandantes de su casi nula proyección laboral.

b) Determinados temas expulsados del discurso oficial por el vaciamiento interperlativo al que hemos hecho referencia, fueron protegidos y elaborados por los lenguajes propios de ciertas actividades culturales.

c) Algunas actividades adquirieron una valencia cultural y política no tanto por lo que eran o decían sino, fundamentalmente, por el mismo acto de su realización, que pasaba a ser parte del lenguaje. El caso del llamado "rock nacional" es típico en este sentido: no alude a una corriente musical homogénea ni a un parejo nivel artístico, sino a la unidad del fenómeno cultural juvenil que congrega.

d) Ciertos hechos culturales adquirieron valencia política, y ocuparon una posición relativa de gran importancia, en el retaceado espacio de lo público. La primera manifestación cultural masiva, de connotación opositora, la experiencia de Teatro Abierto de 1980, así lo demostró.

En suma, todos estos fenómenos nos dibujan un panorama más complejo que el que sugieren dos visiones extremas: la que postula que el gobierno militar bloqueó toda posibilidad de acción cultural y la que afirma que el pueblo se mantuvo totalmente protegido respecto de la acción del gobierno, sin ningún deterioro de su incontaminada vida cultural, lejana a la escena política. Las dos lógicas que hemos esquematizado no se compensan o anulan entre sí, ellas dejan entrever un campo cultural fragmentado, deteriorado, pero con elementos reales que pueden ser la base de una nueva configuración cultural.

### ***CAMPO CULTURAL Y TRANSICIÓN POLÍTICA***

La cultura subterránea, sectores de la deteriorada industria cultural y hasta las fracturas abiertas en el aparato cultural del Estado, fueron convergiendo en el tiempo y diferenciándose de las operaciones del gobierno militar en el plano de la cultura. Pero su posible evolución futura muestra una fuerte polivalencia. No sólo por la virtualidad intrínseca de un proceso cultural, que en mucho depende de una transición cargada de incertidumbre, sino también por otros factores que es conveniente explicitar:

a) La transición política se desencadenó a partir de una "crisis de arriba", y el reocupamiento de la escena pública por parte de los sectores sociales excluidos en 1976 se encaminó, directamente, hacia el proceso electoral. No fue un trayecto jalonado de grandes movimientos sociales y políticos previos al colapso del gobierno, en el interior de los cuales se hubiesen perfilado y madurado patrones definidos de política cultural para la democracia.

b) La política cultural debe argumentar sus razones de ser junto a las otras urgencias y reparaciones sociales que debe satisfacer el gobierno constitucional. Por ejemplo, si la industria cultural entra con sus demandas impositivas, comerciales y financieras en el paquete general de una industria que atraviesa una situación de postración generalizada, debe competir frente al Estado con las ramas centrales de la economía<sup>7</sup>. Si a esto le agregamos las limitaciones presupuestarias del Estado, completamos el cuadro por el que muchas políticas culturales corren el riesgo de quedar en los papeles.

c) La cultura como espacio creativo, de autoconocimiento, de desocultamiento de los problemas individuales y sociales es, por lo menos potencialmente, "incómoda" para la gestión administrativa de cualquier Estado. Más aún en un país cuya historia cultural presenta fuertes conflictos entre tendencias ideológicas, estéticas, pedagógicas y filosóficas cuyas relaciones de fuerzas no fueron simétricas a las presentes en la escena política, lo que le otorgó al campo cultural tanto autonomía como fragilidad frente a la acción política, según fueran las diferentes coyunturas.

Al respecto es muy significativo el itinerario realizado por los movimientos que en la fase final del gobierno militar tuvieron relevancia en la escena cultural. Su visibilidad, su capacidad de metaforizar en sus propios lenguajes temáticas antiautoritarias, su influencia en amplios sectores de la población, particularmente en las capas medias, lo ubicó en una posición diríamos directamente política. En los primeros tramos del gobierno constitucional, esta posicionalidad no pudo sostenerse con la relevancia del período preelectoral. La necesidad de resguardar el frágil tejido institucional que sirve de punto de partida a la democracia, otorga a ciertas instituciones y redes de poder la posibilidad de condicionar la cultura desde la política, de utilizar la relación de fuerzas que tienen en este ámbito para constituirse en "palabra autorizada" en el campo cultural. De tal modo, la Iglesia, ciertos medios de co-

<sup>7</sup>La industria cultural contemporánea guarda complejas relaciones con el resto del sistema productivo. La velocidad de la evolución tecnológica en el plano de las comunicaciones, con el desarrollo de las tecnologías transversales, genera nuevas relaciones entre el funcionamiento de los medios de comunicación y el sistema productivo. Las posibles demandas económicas de los medios privados y estatales son reivindicaciones sectoriales, pero están ligadas a las alternativas de ramas centrales de la producción (petroquímica, electrónica, etc.)

municación y distintas redes de poder de la derecha política ejercen su capacidad de presión y de veto sobre la política cultural oficial.

Todos estos obstáculos reafirman la necesidad de contar con una política cultural nacional, cuyos fundamentos principales se encuentran en: el carácter de bien social de la producción y consumo cultural, su presencia permanente en la definición de la calidad de vida del pueblo y su posible intervención en la expansión de una cultura política democrática y nacional.

### **TEMAS DE POLÍTICA CULTURAL**

Un proyecto nacional de cultura no puede agotarse en un listado de buenas intenciones o reivindicaciones particulares. Debe explicitar y llevar a la polémica sus propios supuestos, la problemática en la que se constituye. Las líneas que siguen describen algunas cuestiones que entendemos están implicadas en las políticas culturales de la transición democrática.

1. La creación cultural y la intervención estatal. Una política cultural no puede ser confundida con algo así como el gobierno político de la cultura, con un dirigismo que intente reemplazar administrativamente la creatividad, que opte entre corrientes estéticas o de ideas, de tal forma que ponga en cuestión el pluralismo político o el respeto por las diferencias étnicas, sexuales, religiosas y generacionales presentes en el país.

Este es un problema en el que existe una acentuada sensibilidad en amplias capas intelectuales y que reconoce una historia. Parte considerable de los intelectuales argentinos siempre han tenido complejas relaciones con la política. Se podría hacer todo un universo de las numerosas formas a través de las cuales se buscaron - y fantasearon - puentes entre la cultura y la política, sobre todo en la búsqueda de un lugar "en" o "junto" al pueblo. Y esta misma búsqueda encontró y realimentó imperativos y urgencias de la política, que desbordaron la legitimidad de su primacía respecto de otras prácticas sociales para internarse en el terreno de la negación de los márgenes de especificidad y de autonomía que deben tener las creaciones culturales. Las experiencias de los años 70 no son sólo una ilustración más de esto. Pueden ser la marca de origen de nuevas generaciones de intelectuales, de la que se traten de zafar de muchas formas, una de ellas negando toda intervención política, sobre todo estatal, en la cultura.

Esta posibilidad encuentra un refuerzo de otro origen. En los últimos años, la intervención estatal en la cultura se presentó como la censura, las listas negras, la arbitrariedad (siempre sin referirnos a los casos puntuales de iniciativas de algún eslabón de la estructura estatal de la cultura que puedan ser recuperables). Por ello el tema de la censura dice más de la prohibición de una obra teatral o de un artista. Tiene una resonancia más profunda, ligada a la historia del campo intelectual.

Ahora bien, situados este problema y su conclusión: que la intervención del Estado en ciertos aspectos de la cultura pasa sencillamente por retirarse y dejar trabajar a la gente, debemos plantearnos que si el Estado debe intervenir, cómo y cuándo.

La intervención del Estado debe estar orientada a la conformación de un nuevo principio de organización del campo cultural, que ubique a la cultura popular como su polo dinámico<sup>8</sup>. Ello supone abrir espacios para iniciativas, crear nuevos puentes entre artistas y públicos y tratar de que no sean posiciones fijas, dar apoyo económico y crear instancias de consagración, pero cuyas decisiones recaigan en los propios productores y profesionales de la cultura.

Y en función de este polo reordenar aquellas instancias culturales que están en su seno, particularmente la reforma de la escuela argentina. Este punto, de vital importancia, excede en mucho los límites impuestos a estas líneas. Es quizás la tarea cultural más urgente de la Argentina de nuestros días. El Estado, los gremios docentes, los estudiantes de nivel medio y universitario, etc., deben participar en la elaboración de transformaciones que actualicen los programas de estudios y que pongan a la educación en conexión real con las demandas de calificaciones del mercado laboral y con las necesidades de una ética y una cultura política democrática y nacional.

Cuando hablamos de un nuevo principio de organización de la cultura, nos referimos a algo interno a la constitución de lo político, al espacio de producción de un sentido del orden en la sociedad, a los principios intersubjetivos de reconocimiento mutuo, a los materiales para la elaboración simbólica de la condición existencial del hombre. Por ello no puede ser pensado sólo desde la óptica de una mejor distribución de los bienes culturales (el sentido no "circula" como una mercancía ni la

---

<sup>8</sup>La interpretación de los fenómenos de la cultura popular, particularmente en sus zonas no profesionales, menos ejercidas por la figura del intelectual, debe abrirse paso sorteando dos obstáculos conceptuales. El de la visión de la cultura popular con patrones de la "cultura culta", frente a la cual es presentada como vulgarización, rebajamiento, intrascendencia o alineación. Y el de las versiones metafísicas del alma o la esencia de lo popular, que conciben a las creaciones del pueblo como incontaminadas por otras culturas con una continuidad histórica que se pierde en los tiempos y cuya heterogeneidad se explica y reduce a un principio trascendente, y no histórico y conflictivo.



dignidad se "consume"). Pero sí debe tener un aspecto de justicia distributiva, de derecho al acceso a la educación y al disfrute de bienes culturales sofisticados para las grandes mayorías.

Esto supone evitar falsas opciones entre el intelectual y el especialista, por un lado y el pueblo en general, por otro. Porque en Argentina la gran mayoría de los intelectuales son parte del pueblo, porque lo popular debe ser un principio de organización general y no una subcultura cerrada y porque sus circuitos de producción son complejos y articulan redes insospechadas entre lo especializado y no especializado. Pero sí supone cuestionar el corporativismo implícito en algunos intelectuales, que frente a lo popular se otorgan a sí mismos la legitimidad de definir qué es y qué no es cultura, y debe montar guardia en sus fronteras.

2. El proceso decisorio en la cultura. En este tema se presentan dos aspectos relevantes: el de las características de los organismos estatales formalmente destinados a la acción cultural y el de sus relaciones con las iniciativas individuales, municipales, de los organismos intermedios de la sociedad y del sistema de representación política, particularmente el parlamento. La reubicación y la jerarquización de la anémica Subsecretaría de Cultura de la Nación dentro del sistema burocrático, así como la ampliación de sus servicios a la comunidad, son de gran importancia. Pero no para desplegar una acción de tipo administrativa que desligue sus decisiones de las iniciativas de la sociedad civil y de los mecanismos de representación política de la población. El Estado debe contar con un proyecto nacional, pero su ejecución no debe desprenderse de sus condiciones institucionales de elaboración y de procesamiento. Lo que nos remite a un tema crucial de la democracia, que desborda lo específicamente cultural: el arte político de manejar la tensión estructural entre la determinación e implementación de medidas de gobierno con arreglo a ciertos fines y las condiciones institucionales pluralistas de su elaboración y control.

La decisión pública tiene un momento intransferible en manos del funcionario pero dentro de un proceso complejo, que combina diversas instancias de la sociedad y de las instituciones. Por tomar algún ejemplo, podemos decir que el parlamento es el ámbito apropiado para decidir sobre las pautas de funcionamiento de los medios de comunicación y sobre la participación de Argentina en la formación de un Nuevo Orden Informativo Internacional, que contrapesa el aspecto desinformativo de las pocas, pero poderosas agencias de noticias monopólicas internacionales y de los Estados totalitarios. O también: las entidades representativas de los gremios de actores, de autores, de músicos, etc., deben participar en consejos que colaboren con las instancias del aparato cultural del Estado.

3. Complejidad real y política cultural. Una política cultural como la que venimos sugiriendo, que desecha la simplicidad y el anacronismo de la concepción de la cultura como las "bellas artes", cuya llave maestra se encontraría en el inefable genio o en la inspiración del creador (en su versión metafísica), debe reconocer que si la cultura está presente en la constitución de la sociabilidad y de lo político, entonces debe hacerse cargo de la complejidad de la realidad. Nuevamente el ejemplo de los medios de comunicación es claro al respecto. El Estado puede tener la propiedad de un canal de televisión, pero la ausencia de una producción local de series lo hace depender de los enlatados en serie producidos por la industria cultural internacional. El mismo canal puede estar en manos privadas que posean un buen criterio respecto a lo que debe ser su programación, pero los espacios pueden ser manejados por revendedores de minutos "en el aire".

El Estado nacional también debe lidiar con otro tipo de complejidad: la revolución tecnológica en el plano de las comunicaciones y la monopolización de la información hacen que sus políticas locales se vean desbordadas por centros decisorios internacionales, poderosos y lejanos. En este aspecto por cierto, el derecho a la información no se logrará compitiendo "en espejo" con las transnacionales de la cultura y la información, sino mediante la consolidación de lo que denominamos un nuevo principio de organización del campo cultural.

4. El rescate y puesta en vigencia de conquistas culturales del pasado. La transición a la democracia exigirá grandes esfuerzos de imaginación y la introducción de una serie de profundas innovaciones en la vida nacional. Pero puede y debe apoyarse en conquistas históricas de la larga lucha por la democracia en el país. Contamos con olvidadas y vulneradas leyes de protección del trabajador intelectual, de definición de normas de difusión de la producción artística nacional, de la industria del libro y la propiedad intelectual, etc., que están a la espera de los legisladores que las vuelvan a poner en vigencia. En este sentido, la historia de la cultura argentina brinda un fondo legal muy rico para ser recuperado por una política cultural democrática.

5. La reactivación de la industria cultural nacional en el contexto de la crisis económica actual. Nos referimos a las medidas impositivas, comerciales y financieras que permiten recuperar sus niveles de producción. Medidas que deben atender a los complejos eslabonamientos productivos en los que funciona la moderna industria cultural, y que determine los cuellos de botella principales en cada una de las áreas de actividad. Como por ejemplo la elaboración de normas que pongan bajo

control nacional el poder de las distribuidoras monopólicas del circuito cinematográfico.

6. La recuperación del patrimonio nacional, de la memoria histórica de los sectores populares, de sus formas comunicativas, de sus creencias y de su creatividad, en la historia del país. Lo que supone también reubicar el país frente a sí mismo, con adecuadas políticas culturales de fronteras; y ante el mundo, particularmente Latinoamérica y los demás países que asumen políticas independientes de las superpotencias. Lo que incluye terminar con el aislamiento que nos impuso el gobierno militar respecto de las creaciones culturales de otros pueblos y de debates científicos, estéticos y filosóficos que se han desarrollado en los últimos años en el mundo.

7. La censura y las pautas de la acción del Estado. La abolición de toda forma de censura vigente en la actualidad y la elaboración de nuevos criterios orientados a la protección de la minoridad y a la defensa de la estabilidad democrática, por medio de comisiones parlamentarias y de especialistas en determinadas materias científicas.

En estas líneas finales hemos tratado de bosquejar algunos temas que distintos sectores de la comunidad encontrarán en su camino a la hora de concretar sus reivindicaciones e iniciativas en el ámbito cultural. No pretenden ni quieren ser algo así como un detallado programa de acción.

Es obvio que la institucionalización del país es la gran condición de posibilidad para transformar en realidad los proyectos culturales de tono popular y nacional. Pero no es menos cierto que sus reglas formales de funcionamiento no garantizan de por sí la democratización global de la sociedad, con sus subsistemas, sus realidades locales, sus complejos circuitos de vida cultural. Es necesario contar con políticas específicas, también para la cultura, que definan las formas de la intervención del Estado en este ámbito. Lo que renueva el debate sobre las complejas relaciones entre la política y la cultura.